á mi lado mi padre, con la cabeza cana, sentado en el umbral de la sala baja, donde colgaba su espada de la pared, indulgente con mi prolongada lectura, llamaba suavemente á los carneros que iban unos después de otros á comer un puñado de sal en la palma de su mano.

V

La poesía no puede decrecer. ¿Por qué? Porque no puede crecer.

Estas palabras, tan á menudo empleadas, hasta por literatos, *decadencia, renacimiento,* prueban hasta qué punto se ignora la esencia del arte. Las inteligencias superficiales, fácilmente compuestas de espíritus pedantes, toman por renacimiento ó decadencia efectos de yuxtaposición, espejismos de óptica, acontecimientos de lenguas, flujos y reflujos de ideas, todo el vasto movimiento de creación y de pensamiento de que resulta el arte universal. Ese movimiento es el trabajo mismo de lo infinito atravesando el cerebro humano.

Sólo hay fenómenos vistos desde el punto culminante; y vista desde el punto culminante, la poesía es inmanente. No hay alza ni baja en el arte. El genio humano está siempre en su plenitud; todas las lluvias del cielo no aumentan ni una gota de agua en el Océano; la marea es una ilusión, porque si el agua baja en una orilla, es para subir en otra. Tomáis las oscilaciones por disminuciones. Decir: no habrá más poetas, es como decir: no habrá más reflujos.

La poesía es elemento. Es irreductible, incorruptible y refractaria. Como el mar, dice cada vez todo cuanto ha de decir; luego vuelve á comenzar con una majestad tranquila, y con esa variedad inagotable que

sólo pertenece á la unidad. Esa diversidad en lo que parece monótono es el prodigio de la inmensidad.

Ola sobre ola, espuma detrás de espuma, movimiento y luego movimiento. La *Ilíada* se aleja, *El Romancero* llega; la Biblia se hunde, el Alcorán surge; después del aquilón Píndaro, viene el huracán Dante. La eterna poesía ¿podrá repetirse? No. Es la misma y es otra. El mismo aliento, pero distinto ruido.

¿Tomaríais al Cid por un plagiario de Ayax? ¿Tomaríais á Carlomagno por un copista de Agamemnón? «No hay nada nuevo bajo el sol.»—«Vuestra novedad es lo viejo que vuelve», etc., etc. ¡Oh! ¡Qué extraño procedimiento de crítica! Por consiguiente, ¡el arte no es más que una serie de falsificaciones! Thersites tiene un ladrón, Falstaff. Orestes tiene un mono, Hamlet. El Hipógrifo es el grajo de Pegaso. Todos esos poetas no son más que un montón de ladrones nocturnos. Se roban unos á otros, y nada más. La inspiración se complica con el hurto. Cervantes desbalija á Apuleyo, Alcestes estafa á Timón de Atenas. El bosque Esmintes es Sierra Morena. ¿De dónde sale la mano de Shakespeare? Del bolsillo de Esquilo.

¡No! ¡Ni decadencia, ni renacimiento, ni plagio, ni repetición! Identidad de corazón, diferencia de espíritu; todo está en eso. Cada gran artista, lo hemos dicho en otra parte, acuña el arte á su imagen. Hamlet es Orestes con la efigie de Shakespeare. Fígaro es Escapino con la efigie de Beaumarchais. Grandgousier es Sileno con la efigie de Rabelais.

Todo recomienza con el nuevo poeta, y al mismo tiempo nada queda interrumpido. Cada nuevo genio es un abismo. Sin embargo, hay tradición. Tradición de sima á sima; ahí está, lo mismo en el arte que en el firmamento, el misterio; y los genios comunican

por sus efluvios como los astros. ¿En qué se parecen? En nada. En todo.

De ese pozo llamado Ezequiel al precipicio nombrado Juvenal, no hay para el soñador solución de continuidad. Inclinaos sobre ese anatema ó abalanzaos hacia esa sátira, el mismo vértigo envuelve en sus remolinos. El *Apocalipsis* se refleja en el mar de los hielos polares, y tenéis la aurora boreal de *Los Niebelungos*. El Edda contesta á los Vedas.

De ahí esto, de donde hemos salido y á donde volvemos: el arte no es perfectible.

No hay empequeñecimiento posible para la poesía, ni aumento tampoco. Se pierde el tiempo cuando se dice: *Nescio quid majus nascitur Iliade*. El arte no está sometido ni á disminuir ni á crecer. El arte tiene sus estaciones, sus nubes, sus eclipses, sus manchas también, que son quizás esplendores, sus interposiciones de opacidad sobrevenidas, de que no es responsable; pero haciendo en último caso con igual intensidad la luz que penetra en el alma humana. Es la misma hoguera que da siempre igual aurora. Homero no se enfría.

Insistamos respecto de este punto, pues la emulación de los espíritus es la vida de lo bello, ¡oh poetas!, la primera fila se halla siempre desocupada. Separemos todo cuanto puede desconcertar las audacias y romper las alas; el arte es un valor; negar que los genios que vayan viniendo puedan igualar á los genios anteriores, sería negar el poder continuador de Dios.

Sí, y volvemos á menudo, y volveremos más adelante, á hablar de ese apoyo necesario; estímulo es casi creación; no podremos ir más allá de donde llegaron esos genios, pero podemos igualarlos.

¿Cómo?

Siendo genios como ellos.

LIBRO CUARTO

SHAKESPEARE EL ANTIGUO